

acababa de reconocer en aquella joven á la supuesta hija de maese Flageot.

Dubarry había abierto precipitadamente su ventana, y desde ella hacía muchas señas á su hermana, que no le veía.

— ¿Está aquí ese tonto de Gilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

— No, señor, respondió uno de ellos; no le hemos visto.

Entonces fué cuando al levantar los ojos vió las señas que hacía Juan. Siguió la dirección de su mano, de aquella mano invenciblemente extendida hacia madama de Bearn.

Chon la reconoció, lanzó un grito, bajó su cofia, y se escondió en el vestibulo.

La vieja, sin haber observado nada al parecer, subió al coche, y dió las señas de su casa al cochero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

El rey se aburre

El rey, que había partido para Marly, según había anunciado, dió orden hacia las tres de la tarde para que le condujeran á Luciennes.

Debía suponer que madama Dubarry, apenas recibiera su billete, se apresuraría á dejar también á Versailles para ir á esperarle en la encantadora habitación que recientemente se había hecho para ella, y que el rey había ya visitado por dos ó tres veces sin haber pasado allí la noche, bajo el pretexto de que Luciennes no era castillo real.

No fué poca su sorpresa cuando al llegar encontró á Zamora poco engreído con su nuevo destino de gobernador, divirtiéndose en arrancar las plumas de la cotorra que quería morderle.

Los dos favoritos eran rivales, como el señor de Choiseul y madama Dubarry.

El rey se instaló en el salón y despidió su comitiva.

No tenía costumbre de preguntar á los criados ni á los lacayos, á pesar de ser el caballero más curioso de su reino, pero Zamora no era un lacayo, sino cierta cosa que ocupaba su rango entre el tití y la cotorra.

El rey, pues, preguntó á Zamora:

— ¿La condesa está en el jardín?

— No, señor, dijo Zamora.

Esta palabra reemplazaba el título de majestad, de

que madama Dubarry, por uno de sus caprichos, había despojado al rey en Luciennes.

— Entonces, ¿ estará en el estanque de los peces ?

— Á fuerza de gastos considerables había hecho sobre la montaña un lago, que se alimentaba con las aguas del acueducto, y había trasladado á él los peces más lindos de Versalles.

— No, señor, volvió á responder Zamora.

— ¿ Pues dónde está ?

— En París, señor.

— ¿ Cómo en París !... ¿ No ha venido á Luciennes la condesa ?.....

— No, señor, pero ha enviado aquí á Zamora.

— ¿ Para qué ?

— Para esperar al rey.

— ¿ Ah ! ah ! exclamó Luis XV, te han encargado que me recibas. Es divertida la sociedad de Zamora. Gracias, condesa, gracias.

Y el rey se levantó algo despechado.

— ¿ Oh ! no, dijo el negro, el rey no tendrá la sociedad de Zamora.

— ¿ Y por qué ?

— Porque Zamora se va.

— ¿ Y adónde vas ?

— Á París.

— Entonces me quedo solo. Me alegro. ¿ Pero qué vas á hacer en París ?

— Á ver á mi ama Barri y decirle que el rey está en Luciennes.

— ¿ Ah ! ah ! ¿ es decir que la condesa te ha encargado me digas eso ?

— Sí, señor.

— ¿ Y no ha dicho lo que haría mientras la esperase ?

— Ha dicho que dormiría.

— ¿ Vaya ! dijo en voz baja el rey, quiere decir que no va á tardar, y sin duda quiere darme alguna sorpresa.

En seguida añadió en voz alta :

— Pues marcha pronto y vuelve con la condesa.....

Pero á propósito, ¿ cómo vas á ir ?

— En el caballo blanco con mantilla encarnada.

— ¿ Y cuánto tiempo necesitas para llegar á París en el caballo blanco ?

— No lo sé, dijo el negro ; pero se va pronto, muy pronto. Zamora gusta de andar ligero.

— ¿ Vaya ! no es malo que á Zamora le guste andar ligero.

Y se asomó á la ventana para ver partir á Zamora.

Un lacayo le ayudó á montar, y el negro, gracias á esa feliz ignorancia del peligro que pertenece exclusivamente á la infancia, partió al galope, acurrucado sobre su gigantesca montura.

Luego que el rey quedó solo, preguntó al lacayo si había que ver alguna cosa nueva en Luciennes.

— Sí, señor, respondió el criado, el señor Boucher, que está pintando el gran gabinete de madama la condesa.

— ¿ Ah ! Boucher. ¿ Ese pobre Boucher está aquí ! dijo el rey con una especie de satisfacción, ¿ y dónde decís que está ?

— En el pabellón, en el gabinete ; ¿ quiere S. M. que le acompañe á donde está el señor Boucher ?

— No, no quiero, me gusta más ver los peces. Dame un cuchillo.

— ¿ Un cuchillo, señor ?

— Sí, y un pan grande.

El lacayo volvió al punto trayendo en una fuente de loza del Japón un pan grande, en el que venía clavado un cuchillo largo y cortante.

El rey hizo seña al lacayo que le acompañase, y se dirigió satisfecho hacia el estanque.

Era una tradición de familia dar de comer á los peces, y el gran rey no faltó á ella ni un solo día.

Luis XV se sentó sobre un banco de musgo, desde donde se disfrutaba una vista encantadora.

En primer lugar, abarcaba el pequeño lago con sus orillas cubiertas de césped; más allá la aldea situada entre dos colinas, una de las cuales se eleva al Este como la roca cubierta de musgo de Virgilio; de suerte que las casas techadas de paja que sostiene parecen juguetes de niños embalados en una caja llena de helecho.

Más lejos se distinguían las casas de San Germán, sus escaleras gigantescas y las infinitas macetas de flores de sus terrados; algo más lejos los ribazos azules de Saunois y de Cormeilles; en fin, un cielo teñido de rosa y gris, encerrando todo aquello como hubiera hecho una magnífica cúpula de cobre.

El tiempo estaba tempestuoso, el follaje daba cierto color oscuro á los verdes prados; el agua, inmóvil y unida como una vasta superficie de aceite, se abría de repente algunas veces cuando desde el fondo se lanzaba algún pez semejante á una saeta de plata para coger las moscas de los estanques que arrastraban sus largas patas sobre el agua; entonces aparecían grandes círculos, que, ensanchándose progresivamente, llegaban á cubrir toda la superficie del lago con sus ondas blancas mezcladas de círculos negros.

Veáse también por las orillas elevarse los hocicos de los peces silenciosos, que seguros de no hallar ni el anzuelo ni la red, venían á chupar los tréboles caídos, y mirar con sus ojos fijos, que parecen no ver, las lagartijas y las ranas refocilándose entre los juncos.

Cuando el rey, á fuer de hombre que sabe cómo se

pierde el tiempo, hubo mirado el paisaje por todos lados y contado las casas de la aldea y pueblos inmediatos, cogió el pan del plato que habían dejado á su lado, y se puso á cortarlo en grandes trozos.

Los peces oyeron chillar el acero sobre la corteza, y familiarizados con aquel ruido que les anunciaba la comida, vinieron tan cerca como era posible á presentarse á S. M. para que se sirviera darles su refección ordinaria. Lo mismo hacían con cualquier lacayo; pero el rey creyó que salían al fresco solo por él.

El rey arrojó uno tras otro los pedazos de pan que, sumiéndose primero y pareciendo después en la superficie del lago, eran disputados por algún tiempo, pero, desmenuzándose después de repente, disueltos por el agua, desaparecían en un instante.

Era, en efecto, un espectáculo muy curioso y divertido ver todas aquellas cortezas de pan empujadas por hocicos invisibles, y agitándose sobre el agua hasta el momento en que se sepultaban para siempre.

Al cabo de media hora, S. M., que había tenido la paciencia de cortar cien pedazos de pan, sobre poco más ó menos, tuvo la satisfacción de no ver sobrenadar ni uno solo.

Pero también entonces se aburrió el rey, y se acordó que el señor Boucher podía proporcionarle una distracción secundaria; esta distracción era menos picante que la de los peces; pero en el campo es preciso conformarse con lo que buenamente se encuentra.

Dirigióse, pues, el rey al pabellón. Boucher estaba ya avisado. Mientras pintaba, ó más bien fingía que estaba pintando, seguía á Luis XV con la vista; así es que pudo verle perfectamente encaminarse hacia el pabellón, y, enajenado de gozo, se puso á pintar con aire distraído, pues se le había encargado que aparentase ignorar que el rey estaba en Luciennes. Oyó el

ruido de los pasos del rey, y empezó á bosquejar un amor moffetudo en el acto de robar una flor á una pastorcita vestida con un corpiño de raso azul y cubierta la cabeza con un sombrerito de paja.

Temblábale la mano, y el corazón le latía. Luis XV se detuvo en el umbral.

— ¡ Ah ! señor Boucher, le dijo, ¡ cómo apestaís á trementina !

Y pasó de largo.

El pobre Boucher, que, aun cuando suponía al rey muy poco artista, esperaba otro cumplimiento, estuvo á punto de caer de su escalera.

Bajó y se retiró con las lágrimas en los ojos sin raspar su paleta, ni lavar sus pinceles, cosa que no dejaba de hacer todas las tardes al terminar su tarea.

S. M. sacó el reloj. Eran las siete.

En seguida entró en el castillo, hizo rabiarse al mono y hablar á la cotorra, y sacó de los armarios todos los juguetes de china que contenían.

Llegó la noche.

S. M. no gustaba de los aposentos oscuros, y se encendieron luces, pero tampoco gustaba de la soledad.

— Que estén prontos mis caballos dentro de un cuarto de hora, dijo el rey.

— Le doy aun un cuarto de hora, añadió, ni un minuto más.

Y Luis XV se tendió sobre el sofá frente á la chimenea, tomándose por todo trabajo el aguardar que trascurriesen los quince minutos, es decir novecientos segundos.

Al cuarto movimiento de la péndula, la cual representaba un elefante montado en una sultana color de rosa, S. M. estaba ya durmiendo.

Como es de suponer, el lacayo que venía á anunciar que el coche estaba dispuesto, viendo á S. M. dormido,

se guardó bien de despertarle, y resultó de esa atención hacia el augusto sueño, que él, al despertarse solo, vió enfrente de sí á madama Dubarry muy poco dormida, á lo menos según parecía, y mirándole con grandes ojos. Zamora aguardaba la primera orden en el ángulo de la puerta.

— ¡ Ah ! ¡ estáis ahí, condesa ! dijo el rey sentándose, pero volviendo á tomar la posición vertical.

— Sin duda, señor, aquí estoy, y hace ya largo tiempo, respondió la condesa.

— ¡ Oh ! es decir, desde hace largo tiempo.....

— ¡ Vaya ! á lo menos hace una hora. ¡ Oh, cómo duerme V. M. !

— Mirad, condesa, si he de decir la verdad, como no estabais aquí, me aburría terriblemente, y además ¡ duermo tan mal por la noche ! ¡ Sabéis que estaba para marchar ?

— Sí, he visto los caballos de V. M. enganchados.

El rey miró el péndulo.

— ¡ Qué veo ! ¡ Las diez y media ! dijo. He dormido cerca de tres horas.

— Cierto es, señor ; y decís que no se duerme bien en Luciennes.

— ¡ Tenéis razón ! ¡ Pero qué diablos estoy viendo ? exclamó el rey percibiendo á Zamora.

— Es el gobernador de Luciennes, señor.

— Todavía no, todavía no, dijo el rey riendo ; ¡ cómo trae el uniforme ese tunante antes de ser nombrado ? Parece que cuenta mucho con mi palabra.

— Vuestra palabra, señor, es sagrada, y todos tenemos derecho á contar con ella ; pero Zamora tiene más que vuestra palabra, señor, pues tiene su diploma.

— ¡ Cómo ?

— Me lo ha enviado el canciller ; es este. Ahora la única formalidad que falta para su instalación, es el

juramento ; mandadle que lo preste pronto, y que nos custodie.

— Acercaos, señor gobernador, dijo el rey.

Zamora se aproximó. Estaba vestido de casaca de uniforme con cuello bordado, y llevaba charreteras de capitán, calzón corto, medias de seda y espadín. Marchaba tieso y á compás, con un enorme sombrero de tres picos bajo el brazo.

— ¿ Sabrá siquiera jurar ? dijo el rey.

— ¿ Vaya si sabrá ! Probadlo, señor.

— Avanzad, dijo el rey mirando cuidadosamente á aquella negra moña.

— ¿ De rodillas ! dijo la condesa.

— Prestad juramento, añadió Luis XV.

El negrilla puso una mano sobre el corazón y la otra en las del rey, y dijo :

— Juro fe y homenaje á mi dueño y á mi dueña, juro defender hasta la muerte el castillo cuya custodia se me confía, y comer hasta el último tarro de dulce antes de rendirme, si soy atacado.

El rey se echó á reír así de la fórmula del juramento como de la seriedad con que Zamora lo pronunciaba.

— En cambio de ese juramento, repuso recobrando la dignidad conveniente, os confiero, señor gobernador, el derecho soberano, derecho de alta y baja justicia sobre todos los habitantes del aire, de la tierra, del fuego y del agua de este palacio.

— Gracias, señor, respondió Zamora levantándose.

— Y ahora, dijo el rey, ve á pasear tu linda casaca por las cocinas, y déjanos en paz.

Zamora salió, y al salir él por una puerta, Chon entraba por la otra.

— ¿ Ah ! ¿ conque estáis aquí, pequeña Chon ! Buenos días, Chon.

Y el rey la puso sobre sus rodillas y la besó.

— Vamos, mi pequeña Chon, continuó ; tú vas á decirme la verdad.

— ¿ Ah ! ¿ cuidado, señor, dijo Chon, porque venís muy mal ! ¿ La verdad ! creo que sería la primera vez de mi vida que la dijese. Si queréis saber la verdad, dirigíos á Juana, que no sabe mentir.

— ¿ Es así, condesa ?

— Señor, Chon tiene demasiado buena opinión de mí. El ejemplo me ha perdido, y especialmente desde esta noche estoy decidida á mentir como una verdadera condesa, si no es bueno decir la verdad.

— ¿ Ah ! exclamó el rey. Parece que Chon tiene alguna cosa que ocultarme.

— Os aseguro que no.

— Algún duquesito, algún marquesito, algún vizcondito á quien se habrá ido á ver.

— No lo creo, replicó la condesa.

— ¿ Qué dice Chon ?

— No lo creemos, señor.

— Será preciso que yo pida un informe sobre eso á la policía.

— ¿ Á la del señor de Sartines ó á la mía ?

— Á la del señor de Sartines.

— ¿ Y cuánto daréis por él ?

— Me informa de cosas tan curiosas, que no regatearé.

— Entonces dad la preferencia á mi policía, y recibid mi informe, pues os servirá... regiamente.

— ¿ Y os venderéis vos misma ?

— ¿ Por qué no, si la suma vale el secreto ?

— Pues bien, acepto. Veamos el informe, pero cuidado con no mentir.

— ¿ La Francia, me estáis insultando !

— Quiero decir, cuidado con los rodeos.

— Y bien, señor, preparad los fondos; he aquí el informe.

— Ya están, dijo el rey haciendo sonar algunas monedas de oro en su bolsillo.

— Primeramente, han visto á la condesa madama Dubarry en París á eso de las dos de la tarde.

— Después, después; eso ya lo sé yo.

— En la calle de Valois.

— No digo que no.

— Á eso de las seis se incorporó á ella Zamora.

— También es posible; pero ¿qué iba á hacer madama Dubarry en la calle de Valois?

— Iba á su casa.

— Ya comprendo, pero ¿á qué iba á su casa?

— Á aguardar á su madrina.

— ¡Su madrina! repitió el rey con un gesto que no pudo reprimir del todo, ¿luego va á bautizarse?

— Sí, señor, en las grandes pilas bautismales de Versalles.

— Á fe mía que hace mal; ¡le sentaba tan bien el paganismo!

— ¿Qué queréis, señor? Ya sabéis el proverbio que dice: Quiere uno lo que no tiene.

— ¿De suerte que queremos tener una madrina?

— Y la tenemos, señor.

El rey se estremeció y se encogió de hombros.

— Mucho me agrada ese movimiento, señor, porque me prueba que V. M. se desesperaría si viera la derrota de las Grammont, de las Guemenée y de todas las hipócritas de la corte.

— ¿Qué decís?

— Sin duda, vos os ligáis con todas esas personas?

— ¡Yo me ligo!... Condesa, es preciso que sepáis que el rey solo se liga con reyes.

— Es verdad, pero todos vuestros reyes son los amigos del señor de Choiseul.

— Volvamos á vuestra madrina, condesa.

— Sí, lo prefiero, señor.

— ¿Conque habéis logrado fabricaros una?

— La he hallado fabricada, y de buena hechura; una condesa de Bearn, descendiente de príncipes que han reinado, ni más ni menos. Espero que esto no deshonrará á la aliada de los aliados de los Estuardos.

— ¡La condesa de Bearn! exclamó el rey sorprendido; no conozco más que una que debe habitar hacia Verdún.

— La misma, y ha hecho el viaje sólo para eso.

— ¿Y os dará la mano?

— Las dos manos.

— ¿Y cuándo?

— Mañana, á las once de la mañana, tendrá el honor de ser recibida particularmente por mí, y al mismo tiempo, si la demanda no es indiscreta, pedirá al rey que se digne fijar un día, y vos se lo fijaréis el más próximo posible, ¿no es verdad, señor La Francia?

El rey se echó á reír, pero sin franqueza.

— Sin duda, sin duda, respondió besando la mano de la condesa.

Pero de súbito:

— ¡Mañana á las once! exclamó.

— Sin duda, á la hora del almuerzo.

— ¡Imposible, querida amiga!

— ¿Cómo imposible?

— Porque no almuerzo aquí: me marcho esta noche.

— ¿Qué es lo que decís! exclamó madama Dubarry, que sentía helársele el corazón. ¿Vos partís, señor?

— Es preciso, querida condesa, pues he citado á Sartines para un trabajo muy urgente.

— Como gustéis, señor; pero á lo menos espero que cenaréis aquí.

— ¡ Oh, sí! acaso cenaré. Si, tengo bastante hambre; cenaré.

— Manda que sirvan, Chon, dijo la condesa á su hermana haciéndole una seña particular que sin duda tenía relación con un convenio hecho de antemano.

Chon salió.

El rey vió la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, adivinó que le tendían un lazo.

— ¡ Pero no, no! dijo. Aun me es imposible el cenar... Necesito partir en este mismo instante. Tengo que firmar, porque hoy es sábado.

— ¡ Bien, sea así! Voy á mandar que arrimen los caballos.

— Sí, querida hermosa.

— ¡ Chon!

Chon volvió á presentarse.

— Los caballos del rey, dijo la condesa.

— ¡ Muy bien! respondió Chon con una sonrisa.

Y salió de nuevo.

Un instante después se oyó su voz que gritaba en la antecámara:

— ¡ Los caballos del rey!

X

El rey se divierte

El rey, encantado de su golpe de autoridad con que castigaba á la condesa de haberle hecho aguardar, al paso que le libraba de los disgustos de la presentación, se dirigió hacia la puerta del salón, al mismo tiempo que volvía á entrar Chon.

— ¡ Y bien! ¿ veis por ahí mi servidumbre?

— No, señor, no hay ninguno de la servidumbre de V. M. en las antesalas.

El rey se adelantó á su vez hasta la puerta.

— ¡ Mi servidumbre! gritó.

Nadie respondió; hubiérase dicho que el mudo castillo no tenía siquiera eco.

— ¡ Quién diablos creería, dijo el rey volviendo á entrar en la sala, que soy el nieto del que dijo: Estuve cerca de esperar?

Y se dirigió á la ventana que él abrió.

Pero la explanada estaba como las antesalas: sin caballos, ni picadores, ni guardias. Sólo la noche se ofrecía á sus ojos y á su alma en toda su calma y majestad, alumbrada por una admirable luna, que mostraba, temblando como olas agitadas, las copas de los árboles del bosque de Chatou, y arrancaba millones de luminosas lentejuelas al Sena, culebra gigantesca y perezosa, cuyos pliegues no podían seguirse,